EDMUNDO PERRY

Zuleta y El Quijote

ESTANISLAO ZULETA: *El Quijote, un nuevo sentido de la aventura.*
Hombre Nuevo Ediciones.
Fundación Estanislao Zuleta.
Medellín, 2000, Segunda edición 2001.

Yo he leído el *Quijote* varias veces, y como sucede con todo clásico, cada relectura es, de nuevo, un deslumbramiento. He leído también lo que muchos buenos lectores y críticos han dicho sobre Cervantes: Hegel, Unamuno, Martín de Riquer, Marthe Robert y otros, y todos en algo me han ayudado a comprender que este libro no es una obligación, como la que deben soportar nuestros estudiantes de bachillerato, sino una opción de búsqueda que si es seria es difícil y por ello mismo seductora.

El libro de Estanislao Zuleta que me ocupa es la recopilación de una serie de conferencias dictadas en 1975 y constituye una sorpresa y un regalo mayor para los que amamos a Cervantes. Debo confesar que le llevo una ventaja a los lectores contemporáneos porque yo oí a Estanislao en muchas ocasiones, no sólo en público sino en privado, y eso hace que este texto sea como si estuviera escuchándolo con su voz un poco atiplada que no dejaba ni un resquicio sin ponerlo en cuestión, y sin poner en cuestión a quienes estábamos tratando de entenderlo.

Lo primero que me impresiona y que nunca antes había oído es que *Don Quijote* versa sobre textos. Don Quijote está dirigido en su delirio por los libros de caballería, y los supuestos realistas que aparecen en contraposición con él también están sometidos a textos. Zuleta muestra cómo no hay un texto que pueda considerarse referente, una realidad contra la cual se estrella un discurso irreal, sino que lo que hay a la letra es un conjunto de versiones, todas ellas delirantes, todas ellas cuestionables y todas ellas incuestionables. La locura de Don Quijote pone en cuestión lo que Zuleta llama el "realismo simplista" porque ese realismo es siempre conformismo, es una realidad donde los triunfos están determinados por el marco ideológico en el que se dan. Ahora bien, esta yuxtaposición de los textos que hacen que el libro tenga una trama, nos lleva a una concepción muy moderna de lo que la noción de lenguaje significa. Puedo percibir por lo menos dos direcciones que están vigentes en el pensamiento de hoy. Por una parte está la hermenéutica, que en su versión más especializada interroga los textos como lo más interrogable de lo que el mundo produce como autoconciencia (Gadamer), y en su versión más ambiciosa piensa que el mundo todo, la realidad en su conjunto, es legible por ser una yuxtaposición de textos (la semiótica de Eco). La primera persona que me dijo

que el *Quijote* podía servir como lección de filosofía fue mi padre, un lector obsesivo del *Quijote*, y creo que la visión de Zuleta lo corrobora.

Hay en el libro una comparación entre la biografía de Cervantes y la de Alonso Quijano que es muy diciente y que ya había sido señalada por Borges en un soneto, pero que Zuleta hace llegar más lejos. Cervantes es un cincuentón desengañado que ya ha conocido la cárcel (el *Quijote* se inventó en una de las cárceles de Cervantes y ese puede ser el lugar "de cuyo nombre no quiero acordarme"), que ya ha intentado hacerse a un prestigio en las letras sin conseguirlo del todo. Y es en la cárcel donde comienza a escribir su libro que al comienzo describe a un hidalgo solterón y cincuentón, que no tiene otras ilusiones que las que le proporcionan los libros de caballerías. A partir de ese señalamiento Zuleta muestra cómo la escritura del *Quijote* es una búsqueda porque fue así como Cervantes lo concibió. Creo que esta es una de las lecciones más perdurables del libro de Zuleta, porque compromete al lector con esa búsqueda. Toda buena lectura pone en cuestión la vida cotidiana del lector si ese lector lee bien. Zuleta dice en alguna parte que una buena novela es aquella que le confiere un sentido nuevo a la vida que vivimos. Creo que eso puede hacerse extensivo a cualquier manifestación literaria incluyendo la de Zuleta cuando nos enseña que leer el *Quijote* (y leer a Tolstoi, a Dostoievski y al Tuerto López) es un llamado a que seamos distintos. En el caso de Cervantes será un desafío que está marcado en su origen por el desencanto, que es el requisito de la ironía, del humor. El humor significativo es el que nos permite ver, aunque sea de soslayo, nuestras propias carencias y nos ayuda a seguir vivos para poder lidiar con ellas. La risa es el resultado de la omnipotencia y de su otra cara, la impotencia. Don Quijote se imagina ser capaz de todo y, aunque nunca logre nada, siempre tendrá esa fidelidad al delirio que justifica su discurso, un sistema cerrado que actúa sólo para él; el otro ha sido expulsado del yo para que el sujeto pueda reconocerse a sí mismo. Aquí Zuleta señala que la locura es una forma radical de la soledad.

Hay otro punto en este libro en dónde reconozco al mejor Zuleta. En un apartado que se titula El Sistema, el autor rompe lanzas de manera explícita tanto por el pensamiento marxista como por el pensamiento freudiano, poniendo en guardia contra una interpretación economicista y simple en el caso del primero, y de una versión hollywoodesca del segundo. Lo primero que llama la atención es esa defensa tan literal de algo, que está presente en la obra desde el comienzo. Al principio del libro hay un análisis de la situación de la España que le tocó vivir a Cervantes, con observaciones muy pertinentes a lo que el autor del *Quijote* critica de esa realidad histórica. La crítica cervantina se halla patente en el discurso de las armas y las letras. A este respecto Zuleta habla del surgi-

miento del capitalismo, que promoverá entre otras cosas la aparición de la picaresca, género antagónico al de los libros de caballería. El anacronismo de convertirse en caballero andante, moda que ya no está de moda, constituye a juicio de Zuleta una forma irónica de oponer un texto delirante y transhistórico a una vigencia que no sólo está representada por la picaresca (Cervantes no fue ajeno al género), sino también a textos que pasan por representantes de la verdad, textos colectivos donde se confunde la realidad con lo establecido, como los textos jurídicos y los textos religiosos. La aventura de los galeotes nos muestra tres versiones distintas de lo que es la justicia, y frente a la acusación de que don Quijote ve gigantes que sólo son molinos de viento, acusación que le hace un cura, él se defiende citando a Sansón y a Goliat para mostrar que en la *Biblia* también había gigantes, y que si Sancho y los demás no los reconocieron fue por obra de un encantador. Este tema nos lleva a otro que Zuleta no se cansa de señalar, el del encantador que aparece con frecuencia en la carrera del Caballero de la Triste Figura y que sólo al final, ante la proximidad de la muerte, será desechado. Zuleta sigue muy de cerca la interpretación de Marthe Robert que nos muestra cómo la crítica de los libros de caballería que hace Cervantes es una disimulada crítica a la teología medieval, disimulada porque la Inquisición todavía quema personas. Recuerdo a este propósito a Sartre, que en un reportaje sobre *Las Moscas,* obra en la cual utiliza *La Orestíada* para mostrar las responsabilidades de la libertad, dijo que la tragedia que le hubiera gustado escribir, cuando bajo la ocupación alemana escribió la pieza teatral, era la de un miembro de la Resistencia que sabe que la acción con la cual se va a comprometer le costará la vida a cincuenta rehenes.

Zuleta defiende también una aproximación psicoanalítica cuando habla, entre otras cosas, de la relación de don Quijote con el amor. La figura de Dulcinea del Toboso, idealizada hasta el punto de la impotencia, le sirve a don Quijote para rechazar cualquier relación real, con Maritornes o con Dorotea, porque una relación así significa compromiso, salirse de la omnipotencia a la cual lo condena su discurso, hasta el punto de no reconocer el verdadero nombre de Dulcinea, que era una moza labradora de quien estuvo enamorado como Alonso Quijano sin que ella nunca lo supiera. Dulcinea es sólo una racionalización de la impotencia que actúa como protectora contra la mujer real que podría ponerlo en cuestión.

Otro punto a resaltar en el libro en referencia es la insistencia del autor en presentar al novelista como pensador. En las ocasiones en que Zuleta se pregunta por la lucidez de Cervantes opta por concedérsela y a los textos se remite: no es posible dar cuenta de la yuxtaposición de los mismos si a cada uno no corresponde un estilo distinto. Para ello le basta mostrar que el

narrador es estrictamente realista como un anticipo a lo que don Quijote explicará desde el delirio de una manera también coherente. Cuando Zuleta habla de la parodia que invade y determina el texto de Cervantes toma como suyo el ataque a la "inspiración", en la cual el autor sería sólo un instrumento de los dioses o las musas, para mostrar cómo Cervantes es uno de los librepensadores más consecuentes que produjo el Renacimiento, aunque en España no hubo Renacimiento.

Benedetto Croce dijo que las ediciones críticas eran una de las conquistas de la cultura porque nos permitían acceder a los textos en su contexto, que también es texto. Eso se puede aplicar a las críticas que se vuelven inseparables de la obra a la cual se refieren. Mi próxima relectura del *Quijote* no podrá separarse de este libro de Zuleta, porque su lucidez ha contribuido de antemano a enriquecerla. ◊

MARTHA MOLANO F.

Michèle Petit: *Lecturas –del espacio íntimo al espacio público.*

Fondo de Cultura Económica.
Colección Espacios para la lectura.
México, 2001.

Es un lugar común hablar de los sondeos estadísticos que comprueban la poca difusión de la lectura, especialmente en los niños y los jóvenes. También es conocida la polémica entre quienes lamentan la "muerte del libro" y los que proclaman el triunfo del audiovisual. Hoy parece tomar fuerza la convicción acerca de la necesidad de establecer alianzas enriquecedoras entre el libro, los audiovisuales y las nuevas tecnologías informáticas. Se diseñan, entonces, novedosos proyectos de "fomento de la lectura"; todos con buenas intenciones pero disímiles resultados.

La pregunta sobre la posibilidad de "promover la lectura" y de "construir lectores" encuentra en la obra de Michèle Petit complejas respuestas. Esta escritora y antropóloga francesa ha realizado estudios de sociología, psicoanálisis y lenguas orientales. Es investigadora del laboratorio "Dinámicas sociales y recomposición de espacios" del Centro Nacional para la Investigación Científica, de la Universidad de París I. Sus investigaciones sobre la lectura en el medio rural y las bibliotecas públicas en

barrios desfavorecidos de algunas ciudades francesas han hecho evidente el papel de libros y bibliotecas en la lucha contra los procesos de exclusión. *Lecturas: del espacio íntimo al espacio público*, su más reciente libro, recoge cinco conferencias leídas en Buenos Aires entre abril y mayo de 2000, y la conferencia leída durante el Congreso IBBY, en Cartagena, Colombia, en septiembre del mismo año. Estas conferencias están enmarcadas por dos textos subjetivos, "poco científicos" al decir de la autora. En el primero, a manera de prólogo, evoca su encuentro con América Latina: a los 13 años, muy a disgusto en Bogotá, lee las cartas que su madre enviará a Francia. Estas cartas le revelan un país capaz de producir bellas historias, y comienza a descubrirlo por su cuenta. Aparece aquí también el recuerdo de las dos bibliotecas que frecuentaba y que se constituirían en un espacio-tiempo en el que buscar libros equivalía a buscarse a sí misma en ellos. Por otra parte, el epílogo es una "autobiografía de lectora" que pone al descubierto intimidades de su niñez y adolescencia, y el trayecto a través del cual la lectura la conduce del espacio de la intimidad al espacio público.

Consecuentemente, la obra de Michèle Petit no se ocupa de "las estrategias para la construcción de lectores". Esta expresión evoca un sueño de omnipotencia o la búsqueda de una fórmula de alquimista. En sus investigaciones hay una preocupación distinta: averiguar cómo esos jóvenes que ha conocido, "jóvenes inasibles", van a poder "asirse al mundo". Y describir de qué manera, apropiándose de textos o de fragmentos de textos, elaboran un espacio de libertad y comienzan a dar sentido a sus vidas. Pues es la lectura la que ayuda a las personas a construirse, a hacerse "un poco más autoras de su vida, sujetos de su destino".

Estos jóvenes (también los adultos, pero la adolescencia es una edad más sensible), los que tienen la fortuna de hallar un mediador generoso (maestro, bibliotecario, biblioteca...) encuentran en la lectura y, especialmente en la lectura literaria, el camino para descifrar su propia experiencia. Como los escritores "ponen palabras en donde nos duele", ayudan a nombrar los estados de ánimo, a conocerlos mejor, a compartirlos. Gracias a sus historias, el lector puede escribir, entre líneas, su propia historia, encontrar su propia forma de "decir" a través de los libros de otros y descubrir que en el fondo se comparten afectos, tensiones, angustias universales.

En este acto mágico de leer solos, en silencio, los lectores encuentran un tiempo para sí mismos; un tiempo de ocio, de ensoñación, de reflexión; por tanto, del pensamiento que los conduce a la elaboración de un mundo personal, lo cual no es precisamente equiparable con el individualismo. Este tipo de lectura –que defiende la libertad del lector– constituye un verdadero diálogo entre el lector y el texto. El lector no es pasivo; en cierto modo reescribe el texto y, a su vez, él también

es reescrito, es "trabajado" por su lectura, es afectado por ella. Comienza, entonces, un proceso de "recomposiciones" de la identidad.

Michèle Petit cuenta que desde que empezó a trabajar sobre la lectura, la cuestión del papel que ésta juega en la construcción del sí mismo, en la elaboración de la subjetividad, fue ampliamente abordada por sus interlocutores. Por esta razón, dispone de innumerables testimonios de sus entrevistados, los jóvenes de barrios marginales o personas del medio rural. También, y como en una especie de contrapunto, ofrece numerosas citas de escritores que reconocen que la lectura les permitió, en la infancia y la adolescencia, elaborar o mantener un espacio propio, íntimo, privado; reconocerse y descubrir su mundo interior y, en no pocos casos, superar las limitaciones familiares.

Según Petit, no se puede hablar simplemente de "identificación" o de "proyección" a propósito de estos encuentros de los lectores. Se trata de la elaboración de una posición de sujeto a partir del trabajo psíquico implicado en la lectura. Leer no aparta al lector del mundo; lo introduce en él de un modo distinto, con una identidad plural, más flexible. La construcción de la propia historia no conduce necesariamente a encerrarse en ella; significa la posibilidad de ampliar el universo cultural y de conjugar varios universos.

Esto es posible gracias a una verdadera democratización de la lectura; es decir, a la posibilidad de acceder a voluntad a la totalidad de la experiencia de la lectura, lo cual significa, en primer lugar, *tener acceso al saber*; y éste, más allá de los fines utilitarios, es la llave para alcanzar la dignidad y la libertad y para darle sentido al mundo. En segundo lugar, la lectura permite *apropiarse de la lengua*; tener un uso más desenvuelto de la lengua, tomar la palabra y la pluma constituyen ya gestos de una ciudadanía activa. Y, en suma, la *construcción de sí mismos*, a la que contribuye la lectura, la capacidad de reflexión, de espíritu crítico, la capacidad de simbolizar no sólo permiten nombrar lo que se vive; otorgan una mayor competencia para vivirlo y transformarlo. Ese fortalecimiento de la identidad permite abrirse a los demás, establecer relaciones más libres. La lectura, dice Michèle Petit, puede constituir para los jóvenes "una especie de atajo que lleva de una intimidad un tanto rebelde a la ciudadanía".

La obra de Michèle Petit –rica en reflexiones y variadas experiencias– confirma que, en el acto de leer, lo íntimo y lo compartido están estrechamente ligados. La lectura, la biblioteca, no pueden resolver, reparar todo, pero conducen a los jóvenes a nuevas formas de percibir el barrio, la ciudad y el país en que viven; a nuevas formas de sociabilidad y de solidaridad. Si en el ámbito de "ciudad educadora" todos somos, de algún modo, mediadores, esta obra a todos "toca" e interesa. Pero especialmente a los "iniciadores de libros" (maestros y bibliotecarios) les recuerda que deben transmitir sus pasiones y curiosidades y, por tanto, ser

capaces de cuestionar su profesión y su propia relación con los libros; que deben respetar el espacio de libertad, de intimidad que constituye la lectura, y que todo lo que pueden hacer es contribuir a un acercamiento más familiar, más natural, de jóvenes y adultos a los textos; y, sobre todo, tener presente que el lenguaje no puede reducirse a una herramienta de comunicación: no se lee sólamente para reunir información y adaptarse a un universo productivo. Se lee también para "habitar el mundo poéticamente". ◊

JEAN-FRANÇOIS NORDMANN

Imperio

MICHEL HARDT Y ANTONIO NEGRI

Traducción francesa por
Denis-Armand Canal.
Exils, París, 2000, 560 págs.
Traducción al español de
Eduardo Sadier.
Ediciones Desde abajo, Bogotá, 2001,
384 págs.

Sorprendiendo por la amplitud y el radicalismo de sus análisis, y habiendo suscitado desde su aparición intensos debates, Imperio tiene como tesis central que la "mundialización" y la "globalización" en curso no deben ser interpretadas, ni *a fortiori* diabolizadas (a la manera de algunos "anti-mundialistas") como si se tratara de la exaltación del capitalismo triunfante, sino que deben verse ligadas al advenimiento de una mutación estructural profunda que afecta nuestras formas y paradigmas de autoridad y producción, y surgen como una respuesta o reacción de las instancias dominantes al reciente crecimiento de los movimientos de oposición y de los deseos de liberación de la «multitud».

Es así como, según Negri y Hardt, en respuesta a las luchas anti-imperialistas, anti-segregacionistas, anti-autoritarias, etc. de los años 1960-1970, se daría hoy el abandono del dispositivo de la soberanía moderna –con sus características de trascendencia y de representatividad, sus aparatos de compartimentación y de ordenamiento disciplinario de la sociedad, sus matrices de oposiciones binarias y exclusivas– y el surgimiento de otro dispositivo, de tipo post-moderno, que consiste en una integración universal de todas las diferencias en un espacio abierto, expansivo y sin fronteras, y en el sometimiento de esas diferencias a un proceso permanente de auto-regulación dinámica de conjunto, con todas las obligaciones sistemáticas de flexibilidad, adaptabilidad, etc. que de allí se desprenden. Pero es también, de

manera conexa, como respuesta a esas luchas que tendrá fin el paradigma de la producción industrial de bienes de consumo así como el modelo de la sociedad-fábrica, dando lugar a una configuración radicalmente diferente, de naturaleza biopolítica, caracterizada por la extensión de la calificación productiva a todo el conjunto de las actividades sociales y por la remodelación de la sociedad como sociedad de informaciones, comunicaciones y servicios que trabajan de manera inmanente en la auto-producción y reproducción de su vida.

Esta revolución de los regímenes de autoridad y de producción daría nacimiento a un nuevo orden político, social, económico, jurídico y cultural que Negri y Hardt llaman «Imperio», distinguiéndolo cuidadosamente de la forma (moderna) del imperialismo, y relacionándolo con el tipo de organización propio de la Roma imperial, en especial con su dispositivo de gobierno mixto, tal como fue analizado por Polibio. Pero el nuevo Imperio –que, según una tesis original de Negri, estaría ya en germen en la primera Constitución de los Estados Unidos (cf . también El poder Constituyente)– representa a la vez una forma histórica sin precedentes por la vía que abre a los deseos y reivindicaciones de libertad, de creatividad y cooperación de la"multitud", y por la potencia inédita del aparato biopolítico de control que instaura (gestión de la información, tratamiento de los cuerpos y de los afectos, desterritorialización de los flujos, etc.), permitiendo asegurar no sólo la perpetuación sino el fortalecimiento de la dominación capitalista.

Es este paso al Imperio –acontecimiento en curso y que, por esta razón, todavía no puede ser completamente aprehendido– el que la obra se esfuerza por revelar y por descifrar a través de sus signos dispersos pero múltiples y convergentes. Ellos van desde la transformación –particularmente manifiesta desde la Guerra del Golfo– de las bases del derecho internacional (fin del régimen de los tratados y contratos, instauración del «derecho de injerencia», retorno de la noción de «guerra justa», etc.), hasta la difusión general de la conciencia del «declive» de los Estados-naciones (el análisis muestra que éstos de ninguna manera desaparecen sino que dejan de ser las instancias últimas de la soberanía y se encuentran en adelante integrados a una nueva «pirámide mundial de la autoridad», comprendiendo organismos internacionales, grandes multinacionales, ONGs, etc.), o hasta la «crisis» de las instituciones (que dejan sólamente de operar por emplazamientos estructurados disciplinarios y se despliegan en redes flexibles y modulantes, pero no por eso menos eficaces). Está también la comprobación de la universalización social del paradigma de la «comunicación», el reconocimiento del éxito profundo e inesperado de los discursos y de las apologías postmodernas de la diferencia, o la observación del desarrollo de un nuevo tipo estructural de racismo, diferencia-

lista y culturalista, en reemplazo del antiguo racismo esencialista y naturalista.

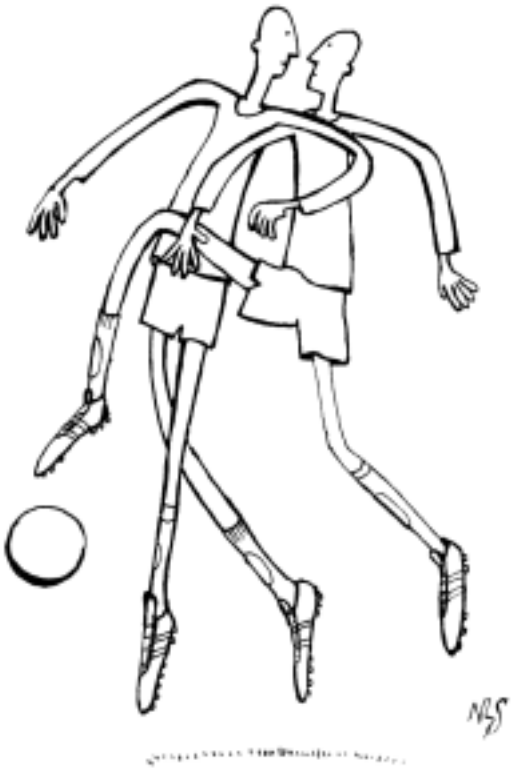
Sin embargo, Imperio va mucho más lejos, produciendo igualmente un balance de conjunto, histórico y crítico, de toda la época de la modernidad, que impresiona también por la amplitud, la transversalidad y la transdisciplinariedad de sus consideraciones. Los autores retoman muy particularmente, desarrollándolos y articulándolos, los análisis de Marx y de las diversas escuelas marxistas, de Foucault y de Deleuze y Guatarri, y reúnen, por lo demás, un considerable corpus bibliográfico. Negri y Hardt se proponen así extraer las características y evoluciones fundamentales de los dispositivos de autoridad y producción en el curso de los últimos siglos : identifican, por ejemplo, la forma como la soberanía moderna, a diferencia de la soberanía medieval, se despliega de manera específica como aparato, luego como burocracia de Estado, e inventa las figuras trascendentes de Nación y de Pueblo, o redescriben el proceso dinámico que hace pasar de la acumulación capitalista primitiva al régimen imperialista y colonialista, y después a la nueva división del trabajo y jerarquización mundial post-colonial. Pero su originalidad también consiste en poner directamente en correlación estas evoluciones con la historia del desarrollo de las fuerzas, deseos y luchas de la «multitud» –historia que va desde el «revolucionario descubrimiento del plano de la inmanencia» en los siglos XIII-XV, descubrimiento inaugurador de la modernidad, hasta el inédito despliegue internacional de los movimientos obreros, estudiantiles, cívicos, en los años 1960-1970, pasando por esos momentos decisivos que son las obras de Maquiavelo, Spinoza y Marx, o por el desarrollo de las nuevas estrategias de los sindicatos «Wobblies» de la IWW. Esta conexión entre las dos historias es evidentemente fundamental. Separándose de los análisis de Foucault, centrados en los simples dispositivos de orden, y, por otra parte, extendiendo a la «multitud» (concebida como pluralidad abierta de singularidades constituyentes) la concepción marxista de la lucha de clases como motor de la historia, esta conexión se apoya en la hipótesis fundamental de Negri, según la cual es el conflicto entre estas fuerzas, estos deseos y estas luchas de la «multitud» y las fuerzas de la dominación lo que constituye de manera especifica el motor de la modernidad.

Sin duda se puede, como se ha hecho, reprochar puntualmente a estos análisis algún esquematismo así como ciertas ligerezas e insuficiencias, por ejemplo en relación con la evolución de la social-democracia después del New Deal o con las transformaciones recientes del mercado mundializado. Pero no se puede dejar de reconocer su singular poder de síntesis y la fuerza de su operación deconstructiva y genealógica. Sin embargo, su interés no es sólo histórico y retrospectivo. Pues, más allá de esclarecer la tesis central

de Imperio y de reconstituir el conjunto del proceso del que resulta, ellos juegan también un papel práctico y «constituyente» fundamental. De hecho, lejos de las visiones trascendentes de la historia –incluida la materialista-determinista–, ellos restituyen en primer lugar, demostrándolo por partes, todo su valor a la acción militante, e invitan a una profunda y activa (re)apropiación por los sujetos dominados de la memoria viva y de la conciencia de la eficacia de sus luchas. También suscitan, lejos de todas las tentaciones de repliegue hacia el pasado y lo local que acechan a tantos «antiguos» de la izquierda, la voluntad de romper, sin asomo de nostalgia, con todo vestigio de esta modernidad y de este mundo cuadriculado, disciplinario, de la identidad nacionalista, sexista, racista, etc., que toca a su fin. En fin, y especialmente a la hora de enfrentar las nuevas formas de dominación, ellos llevan a cuestionar profundamente –con el conjunto de los horizontes de la modernidad– los cuadros tradicionales de la lucha y de la liberación. En este punto Negri y Hardt van muy lejos. Ellos sostienen que, en adelante, es necesario abandonar el antiguo modelo disciplinario de la organización del movimiento revolucionario y la estrategia central de acumulación horizontal de las luchas, y poner en su lugar otro modelo de subversión «intensiva» y vertical, capaz de alcanzar desde no importa qué punto, y en composición singular y móvil con otros, al corazón mismo del funcionamiento mundial del Imperio. Pero también invitan, y de manera decisiva, a romper definitivamente con el horizonte último de la soberanía misma o, dicho de otra manera, con la representación –pre-moderna, moderna o post-moderna, sostenida, según éllos, por todas las filosofías con dispositivo trascendental– de la necesidad inevitable de la puesta en orden de las sociedades por imposición de una instancia trascendente de autoridad. Repudiando así todo el campo de las opciones políticas modernas: desde el liberalismo de inspiración lockeana (que aboga por el equilibrio del poder soberano por los contra poderes de la sociedad civil), hasta las diversas formas de marxismo-leninismo (que apuntan a la institución, por la violencia, de un nuevo Estado comunista), dan paso a otra perspectiva radicalmente «inmanentista», que consiste en dejar desplegarse y afirmarse plenamente los deseos de autonomía, de creación, de asociación y de auto gobierno de la «multitud».

Esta perspectiva libertaria, anarquista y comunista (pero «democrática» y «republicana»), sin duda no dejará de parecer problemática y abstracta –de hecho, Negri y Hardt lo aceptan– por el simple hecho de que la liberación de la « multitud » es a la vez su objeto y su condición de realización (en tanto que desalienación de sus deseos). Llegado el caso, dicha perspectiva podrá incluso parecer que vuelve (en particular en aquellas páginas en donde reaparece de manera inesperada una

retórica patéticamente conminatoria y ufana) a un utopismo e idealismo en manifiesta contradicción con la declarada toma de partido spinozista (ampliamente mantenida) de la obra. Pero, por lo demás, no se podrá negar que ella también recibe una consistencia y una fuerza completamente singulares y sin precedentes al encontrarse de hecho profundamente auto-producida (y no simplemente movilizada como una causa por defender y por argumentar) a través de este acto –incluso de este acontecimiento– «constituyente» que es el Imperio, y al poder hacer valer para su activo y para sus posibilidades históricas de futuro (hasta permitir re-visualizar un revertimiento efectivo del capitalismo) el advenimiento de los inéditos y considerables potenciales de liberación que generan el paso al Imperio y el fin de los regímenes disciplinarios de la modernidad. ◊

(Traducido del francés por Andrés Correa Motta)

* * *